

nían antorchas de bronce; el techo estaba pintado por Boucher y los bronces habían sido cincelados por Gouthiere. Moreau, el *Joven*, ha representado en una acuarela una cena maravillosa en aquel comedor. La señora du Barry compró, además, en Versalles, en la avenida de París, una *villa* italiana que se proponía derribar para construir un palacio adonde habría llevado toda «su casa.»

Lanoix fué su ebanista, Guichard su escultor, Roettiers su cincelador de plata labrada y Cagny su dorador. Gustábanle los muebles de madera blanca y raso, adornados con cuadros de porcelana, los guarnecidos de bronce dorado, las cómodas chapeadas de ébano, los aparadores de laca, las telas ricas, las chucherías raras, los marfiles, las porcelanas de Sevres, las miniaturas y los camafeos.

Todas las mañanas, en la hora de su atavío, desfilaban por delante de ella los proveedores, joyeros como Bøhoner, Rouen, Demay y Straz, las costureras Singlay y Pagelle, vendedores de telas y de encajes de Valenciennes y de Venecia, los peluqueros Nokelle y Berline y el perfumista Vigier. Imponía la moda en París y en toda Europa.

En su belleza se inspiraban muchos artistas: Drouais la pintaba en traje de corte y en disfraces alegóricos; por todo el mundo circularon copias del cuadro que representaba á la favorita simbolizando á Flora; Pajon la reproducía en barro cocido y en mármol, y una fábrica del arrabal del Temple hacía un busto de ella en porcelana, según modelo de ese escultor. Literatos la celebraban y mendigaban su benevolencia: el abate de Voisenón rimaba coplas en honor suyo y Cailhava componía para ella una comedia-baile. Por su influencia obtuvo Marmontel el título de historiógrafo y ella fué quien decidió al rey á aceptar á d'Alembert como secretario perpetuo de la Academia francesa. Delille y Suard le pedían que intercediera cerca del monarca para que no se opusiese á que fuesen admitidos en aquella corporación. Leer manuscritos en su casa considerábase como un honor; el abate Delille, que fué uno de sus poetas favoritos, le recitó su traducción del canto cuarto de la *Encida*. Voltaire esperó por un momento lograr del rey, por mediación de ella, permiso para regresar á París, cosa que él tanto deseaba. La du Barry se mostró amable con aquel viejo filósofo, gran distribuidor de injurias y de elogios, y un día le mandó decir que le enviaba dos besos, á lo que él contestó agraciado:

«¡Cómo! ¡dos besos al final de mi vida!  
¡Qué pasaporte os dignáis enviarme!  
¡Dos! Uno solo es demasiado, adorable Egeria.  
De placer habría muerto al recibir el primero.»

Y luego, después de haber confesado que había dado dos besos á un retrato de la dama, añadía:

«No podéis impedir este homenaje,  
Débil tributo de todo el que tenga ojos;  
A los mortales toca admirar vuestra imagen;  
El original era hecho para los dioses.»

La corte, entristecida por los lutos, volvió á ser alegre como á mediados del siglo, gracias á la señora du Barry. Las bodas del delfín, del conde de Provenza y

del conde de Artois dieron lugar á fiestas organizadas en parte por la condesa, quien se encargó de la dirección del teatro de la corte en el que hacía representar con preferencia óperas cómicas, género que agradaba á Luis XV. En 1771, Gretry y Marmontel le dedicaron una comedia-baile, *Zémira y Azor*, que se representó en Fontainebleau. Tenía proscritas las comedias pesadas porque, como decía, no quería aburrir á nadie. Hizo ir á Fontainebleau al cantante Larrivée y al bailarín Vestris, y á Versalles, en 1773, á la señorita Raucourt, de la Comedia Francesa, á la que regaló un traje de teatro que costaba seis mil seiscientos libras.

Menudeaban las recepciones en casa de la señora du Barry y en las de sus amigos y continuamente había en ellas banquetes suntuosos, «grandes cenas,» bailes de máscaras, «diversiones de toda clase.» En febrero de 1773, los cortesanos admiraron en la *villa* que la condesa tenía en la avenida de París una alegoría de Voisenón y Favart, *El despertar de las Musas, de los Talentos y de las Artes*, serie de escenas, bailes y coplas, en cuya ejecución tomaron parte Raucourt y Preville, de la Comedia Francesa, y d'Auberval, de la Ópera. Las gacetas y las correspondencias hablaron por espacio de un mes de aquella fiesta.

La señora du Barry tenía un gran partido en la corte, pues á los amigos de primera hora, como Richelieu, Soubisse, d'Aiguillón, Maupeou, Terray y el conde de La Marche, habíanse agregado el duque de Cossé, el barón de Montmorency, y muchos más, casi todos los que tenían que solicitar alguna merced. Entre las damas de la corte, las primeras que se unieron á la favorita fueron la mariscal de Mirepoix, que tenía muchas deudas que pagar; la marquesa del Hospital, la princesa de Talmont, querida de Soubisse, la señora de Montmorency y las duquesas de Aiguillón, madre y esposa del ministro; después, la duquesa de Valentinois, que gracias á la intervención de la señora du Barry fué nombrada dama de la condesa de Provenza, la duquesa de Mazarin y otras. La favorita había logrado tener este séquito de damas ilustres gracias á la reserva que guardaba con ellas y el respeto que les manifestaba.

La señora du Barry no deseó, como la Pompadour ser un personaje político; pero las circunstancias la obligaron á serlo. Antichoiseulista, porque Choiseul se había declarado enemigo suyo, fué amiga de los adversarios del duque; como el rey, detestaba los parlamentos. Si se ocupó de política extranjera fué porque Europa la solicitó: en 28 de julio de 1771, dos meses después del encumbramiento de d'Aiguillón á la secretaría de los Negocios extranjeros, el Nuncio la colmó de atenciones en una cena que dió en Compiègne la señora de Valentinois; los embajadores de Inglaterra, de Venecia, de Holanda y de Suecia la visitaban; Mercy d'Argenteau, que en un principio se había mostrado retraído, mostróse luego muy amable con ella, esperando «sacar partido de aquella mujer (1);» y el rey de Suecia le manifestó viva amistad, que parece haber sido sincera.

La señora de Barry hacía, pues, el papel de reina y si en los libelos se la maltrata, en cambio tiene en su favor la adulación de los cortesanos, del mundo oficial, de los literatos, de los que viven del lujo y de las fiestas de la

(1) Véase pág. 185.

corte. Su belleza triunfa en todas partes; en el campamento de Compiègne, en 1769, los oficiales sólo á ella miran y hasta el vulgo admira, en las carreteras de Choisy y de Compiègne su rostro y su porte. En ciertas fiestas á las que no asiste la familia real, como en la inauguración del puente de Neuilly, en 1772, se la trata como soberana, y en 1773 la ciudad de Burdeos bota al agua un buque que se llama «La condesa du Barry.»

Á punto estuvo de ser reina de Francia. En efecto,

día mirándola; y otro: «Hace mal tiempo; hoy no se podrá pasear.» El mismo Delfín asistió á varias cenas presididas por la condesa.

El rey adoraba á su querida, joven, fresca, que le divertía en su aburrimiento perpetuo, y no era chismosa ni ambiciosa; defendíala contra las intrigas, le evitaba cuanto podía los desdenes de su familia, y reclamaba de todo el mundo miramientos «para las personas á quienes él quería,» como decía sin nombrarla. Sin em-



María Juana Gomar de Vauhermer, condesa Du Barry. (Cuadro de F. Drouais, de la colección del conde Greffulhe)

después de la muerte de la reina, los hijos del rey deseaban que éste se casase, esperando que de este modo cesaría el escándalo de sus amores ilegítimos, y se trató de un matrimonio con una archiduquesa; pero no habiendo este proyecto prosperado, hablóse, á fines de 1772, de un enlace con la señora du Barry. La cosa agradaba á Maupeou y á d'Aiguillón y hasta á Madama Luisa que el año antes había entrado en el convento del Carmelo y que temía por su padre la impenitencia final y la condenación; pero era preciso obtener de la curia romana la anulación del matrimonio de Guillermo du Barry, y como las negociaciones para esto habrían sido muy largas, ni siquiera llegaron á entablarse. La familia real continuó poniendo mala cara á la favorita, no obstante lo cual el duque de Orleans y el príncipe de Conti obtuvieron por mediación de ella algunas mercedes: Ya hemos dicho que la Delfina condescendió á hablarle: «Hay mucha gente hoy en Versalles,» dijo un

bargo, á medida que se iba haciendo viejo, acosábale más el miedo de la condenación. Cada año, el día de Pascua era crítico para la favorita: ¿cuál sería más fuerte, la religión ó la carne? La Pascua de 1774 transcurrió sin que el rey comulgara, á pesar de que el P. Beauvais, predicando ante la corte, había hecho una cita terrible del profeta: «Cuarenta días más, y Nínive será destruída.» Pero la fortuna de la favorita dependía de una conturbación de conciencia del soberano, en un momento en que el peligro del cuerpo le hiciese comprender mejor el peligro del alma.

El miércoles 27 de abril de 1774, el rey, que estaba en Trianón, sintióse mal cuando se disponía á montar á caballo para ir de caza; acompañó, sin embargo, á los cazadores en su calesa y asistió luego á la cena. Por la noche tuvo fiebre; al día siguiente regresó á Versalles y le dieron dos sangrías y el 29 se quedó en cama. Los médicos, al pronto, dijeron que se trataba de una erisi-



pela; pero cuando se supo que habían ordenado el alejamiento del Delfín y de la Delfina, adivinóse la clase de enfermedad: fiebre, dolores de cabeza, vómitos y dolores en las entrañas denunciaron las viruelas locas. En la capilla de palacio comenzaron las púas de las cuarenta horas; las hijas del rey y la favorita turnaban en el cuidado del enfermo y aquéllas y la Delfina querían que se preparase á éste para recibir los últimos sacramentos. Pero para ello hubiera sido antes preciso separar del monarca á la señora du Barry y por esto d'Aiguillon declaró que los sacramentos, «muy buenos para el alma, entrañaban el peligro de matar al enfermo.» Y habiéndose hablado de enviar á buscar á San Dionisio á Madama Luisa, el ministro pidió al nuncio que negase á la carmelita autorización para salir de su convento. A pesar de todo, llegó el momento tan temido: en la noche del 3 al 4 de mayo, Luis XV, que quería evitar á su querida la afrenta de que en otro tiempo había sido objeto la señora du Chatelet, dijo: «Señora, tengo las viruelas locas, y puede suceder que dentro de veinticuatro horas hayan de administrarme los sacramentos; es menester evitar la aventura de Metz y es necesario que os separéis de mi lado.» La condesa se retiró á Rueil, en casa de la señora de Aiguillon.

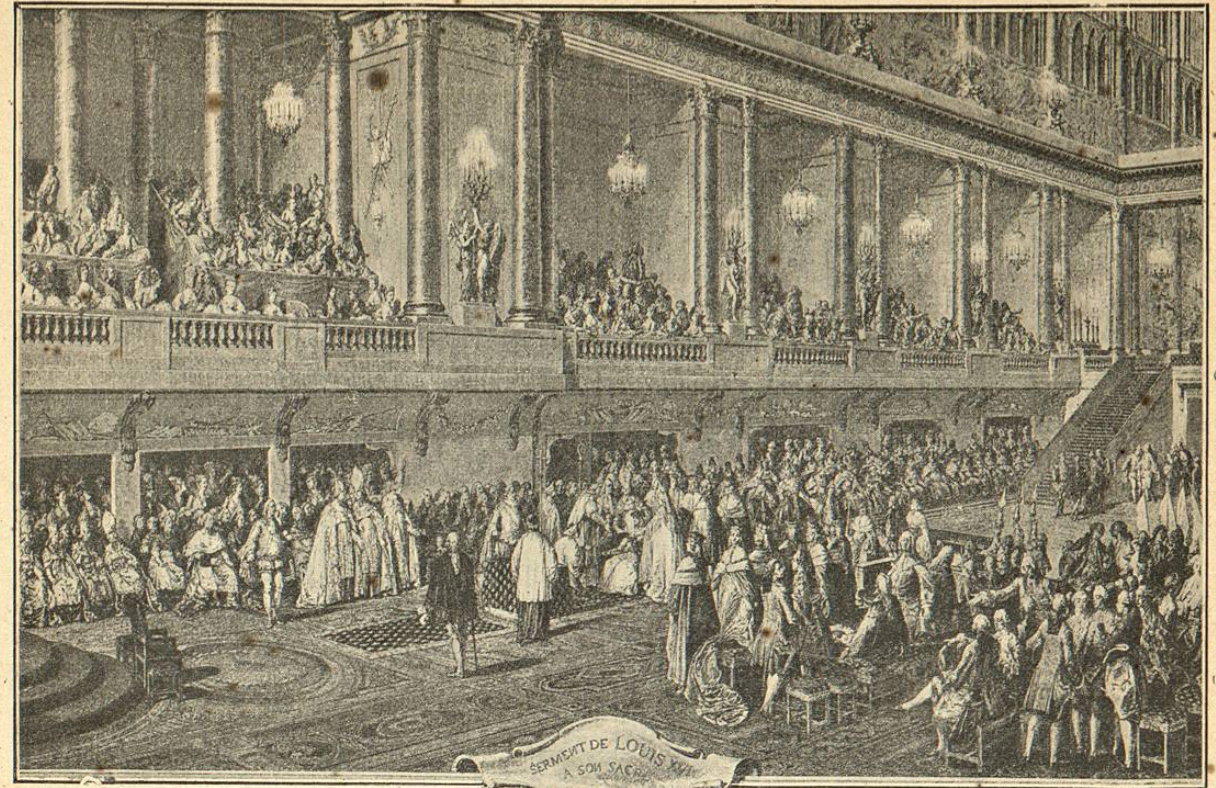
El día 7 de mayo, el rey, comprendiendo que se agravaba, llamó á su confesor ordinario, el padre Maudoux, y se confesó; el cardenal de La Roche-Aymón le administró con gran solemnidad el viático y le dijo: «He aquí al Rey de los reyes, al consolador de los soberanos y de los pueblos.» El rey murmuró algunas palabras al cardenal, quien volviéndose á los circunstantes, declaró:

«Señores, el rey me ordena deciros que si ha causado escándalo á sus pueblos les pide por ello perdón.»

El 9 de mayo, quiso el enfermo recibir la extremaunción, y al día siguiente, después de una agonía dolorosa, falleció á las tres de la tarde. Estaba desconocido; sus facciones se habían deformado y abultado; tenía la cara cubierta de costras y exhalaba un hedor infecto que obligaba á tener constantemente abiertas las ventanas.

Durante su enfermedad, escribe Besenval, nadie manifestó el menor interés por él, tan perdido estaba en «la opinión general;» y aunque se mandó que se expusiera en las iglesias el Santo Sacramento y en San Esteban del Monte el cofre de las reliquias de Santa Genoveva, los fieles se abstuvieron de rezar por la salud del rey. En vez de las seis mil misas que se habían dicho en 1744, apenas se dijeron tres en 1774 y el párroco de San Esteban del Monte lamentóse desde el púlpito de la indiferencia de los parisienses.

El 12 de mayo, á eso de las siete de la tarde, el cadáver fué colocado en una carroza que escoltaron guardias de corps y criados de librea; detrás iba en coche el limosnero mayor y seguían á pie algunos recoletos y el clero de las parroquias de San Luis y de Nuestra Señora de Versalles. En la plaza de armas, el cortejo se dividió; sólo los guardias y algunos criados fueron hasta San Dionisio. Durante el nocturno viaje, algunos guasones, aludiendo á las dos pasiones principales del difunto, la caza y el amor, saludaron el entierro con los gritos: «¡Taiaut, taiaut!» «¡He aquí el placer de las damas! ¡He aquí el placer!»



Consagración de Luis XVI. (De un grabado de la Biblioteca nacional)

## EL REINADO DE LUIS XVI (1774-1789)

FOR H. CARRÉ, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE POITIERS; P. SAGNAC, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE LILA, Y E. LAVISSE, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS (4)

### LIBRO PRIMERO

#### LUIS XVI Y LOS ENSAYOS DE REFORMAS (2)

##### CAPITULO PRIMERO

###### ADVENIMIENTO DE LUIS XVI; RESTAURACIÓN DE LOS PARLAMENTOS (3)

I. El rey y la reina.—II. Las modificaciones del ministerio; Maupeou.—III. La cuestión parlamentaria; desgracia de Maupeou.—IV. Restauración de la antigua magistratura.

##### I. — El rey y la reina

Dice la señora de Campán que cuando Luis XV falleció, en 10 de mayo de 1774, «el Delfín estaba con la Delfina... Un estrépito terrible, parecido al del trueno,

(1) Los cuatro primeros libros y los tres primeros capítulos del libro V son del Sr. Carré; el capítulo cuarto del libro V es del Sr. Sagnac, y el capítulo quinto, del Sr. Lavisse.

(2) Vamos á citar de una vez para siempre los documentos y obras de carácter general referentes al reinado de Luis XVI, hasta 1789.

FUENTES; Los textos legislativos en Isambert, Jourdan y Decrusy, *Recueil des anciennes lois françaises*, 29 vol., París, 1823-29, en los tomos XXIII-XXIX. *Correspondances des agents diplomatiques étrangers en France*, pub. por Flammermont en los «Nouvelles archives des Missions,» t. VIII (1896). *Lettres de Marie An-*

dejóse oír en la primera estancia de la habitación; era la multitud de los cortesanos que abandonaban la an-

*toinette*, pub. por de La Rocheterie y de Beaumont, París, 1895-96. *Correspondance secrète entre Marie Thérèse et le comte de Mercy-Argenteau*, pub. por de Arneht y Geffroy, París, 1874, 3 vol. *Correspondance secrète du comte de Mercy-Argenteau avec l'empereur Joseph II et le prince de Kaunitz*, pub. por de Arneht y Flammermont, París, 1889-91, 2 vol. Bachaumont, *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la République des lettres, depuis 1762 jusqu'à nos jours*, Londres, 1877-89, 36 vol. Grimm, Raynal, etc. *Correspondance littéraire, philosophique et critique (1747-1793)*, ed. Tournoux, París, 1877-87, 20 vol. Metra, *Correspondance secrète politique et littéraire*, Londres, 1787-99, 18 vol. *Correspondance secrète inédite sur Louis XVI, Marie-Antoinette, la Cour et la ville (1777-92)*, pub. por de Lescuré, París, 1886, 2 volúmenes. *Chansonnier historique du XVIII<sup>e</sup> siècle*, pub. por Raunié, París, 1879-84, 10 vol., en los tomos IX y X. Saulavie, *Mémoires historiques et politiques du règne de Louis XVI*, París, 1801, 6 vol.

OBRA DE CONSULTA: Michetet *Histoire de France*, nueva edición, París, 1871-74, 17 vol., en el tomo XVII. Jobez, *La France sous Louis XVI*, París, 1877, 93, 3 vol. Souriau, *Louis XVI et la Révolution*, París, 1893 («Biblioth. d'hist. illustrée.») Sorel, *L'Europe et la Révolution française*, 6.<sup>a</sup> ed., París, 1903, en el tomo I. Taine, *L'ancien régime*, nueva ed., París, 1907, 2 vol.

(3) FUENTES: Condorcet, *Œuvres*, París, 1847-49, 12 vol. en